

## A la Aristocracia

*española.*

Profesan algunos un profundo desprecio hacia todo lo que precedió á la época llamada de la restauracion de las artes. Detras de esta línea luminosa, detras de esta aurora no ven sino ignorancia, barbarie y tinieblas. La edad media, no obstante, ha sellado su paso por este mundo con monumentos que vieron nacer á los abuelos de nuestros abuelos, y que, probablemente, verán reducirse á polvo muchas de las obras de nuestros nietos.

Aquellos tiempos de barbarie han dejado sembradas por toda Europa esas magníficas catedrales, que alzan sobre las ciudades sus frentes gigantescas y renegridas con el barniz venerando de los siglos, y que, desde su sublimidad, no parece sino que miran con desprecio las mezquinas construcciones modernas que se han acogido á su sombra, y que á veces, para mengua nuestra, las ciñen, mutilan y desfiguran.

Es indudable que, bajo el aspecto interesantísimo de la economía política, y aun de la moral, era en sumo grado perniciosa la preponderancia irresistible que algunas corporaciones, y en especial el clero, ejercían en aquellas épocas sobre todas las clases de la sociedad, preponderancia que conservaron aun bastante tiempo despues. Pero, considerando la cuestion bajo el aspecto del arte, nos parece cuando menos dudoso este mal efecto.

Para engendrar obras grandes, se necesitan corporaciones poderosas, que posean riquezas suficientes para llevarlas á cabo, y edificios en que conservar y hacer valer las producciones que los artistas han confiado á materias frágiles y perecederas. De este modo pudieron construirse esos admirables monumentos de arquitectura, en que distintas generaciones fueron trabajando á su turno y añadiendo cada una ya un piso, ya una torre, ya en fin otro edificio nuevo dentro del ante-

rior. Así pudieron dejar á la admiracion de las edades futuras sus creaciones gigantescas Rafael y Miguel Angel, Herrera y Murillo.

Pero la civilizacion ha pasado ya su nivel inexorable sobre la sociedad, y ha borrado aquellas desigualdades, que tan alto colocaban á los unos, y hundian á los otros en el fango. Los poderosos señoríos, las corporaciones opulentas y privilegiadas desaparecieron. La edad media engendró monumentos sublimes como creacion, gigantescos en sus dimensiones, curiosos para la posteridad como libros de historia. El siglo XIX allana montes, altera el curso de los rios ú oprime su raudal con millares de puentes; abre el *Tunnel* del Támesis, junta los mares y obliga á todos los elementos á obedecer al hombre. Al mismo tiempo, las iglesias, los palacios que se construyen son cómodos, pero, comparados con los de los siglos anteriores, suelen rayar en mezquinos. La grandiosidad de nuestras obras parece que se mide generalmente por su utilidad. ¡Sublime compas, por cierto, si no se dejase nunca de la mano, ó no se equivocase algunas veces con una sombra suya!

Pero si la preponderancia exclusiva, y en detrimento de las demas clases, no es ya posible en nuestro siglo, al menos la del saber, la riqueza y aun del rango social no han desaparecido todavia. El prestigio existe: todo está en saberselo grangear.

No hablaremos ahora de la aristocracia francesa, nula ó poco menos, desde que en la revolucion perdió sus riquezas y que la clase media en extremo ilustrada acerca de sus verdaderos intereses se ha puesto en un contacto continuo é inmediato con todos los registros de la máquina del gobierno. Ni de la inglesa, poderosa aun por mil razones, pero que espone en extremo su poder y privilegios por un escesivo apego á ellos. Solo diremos algunas palabras acerca de la nuestra, aunque no falte acaso quien sonria al oirnos pronunciar esta palabra: limitandonos, por de contado, á no considerarla bajo el aspecto político, sino en cuanto tenga forzosa relacion con la cuestion del arte.

Desterrada de toda intervencion en el gobierno durante muchísimos años, no por la aristocra-



cia del saber, la mas respetable de todas, sin duda alguna, sino por las intrigas de algunos advenedizos sin otra religion que su interes, sin otros principios políticos que la adulacion; humillada, puesta en ridículo, y á veces, hasta proscrita, se ve de repente restituida á un lugar decoroso, en el goze de la mas noble de sus antiguas prerogativas, cual es la del poder legislativo. La ocasion no puede ser mas favorable para volver á adquirir algun prestigio, alguna influencia moral. Su franca adhesion al trono de Isabel II amenazado por una faccion rebelde debe contribuir no poco á hacerla popular; al paso que una educacion esmerada á los nobles vástagos que algun dia concurrirán al santuario de las leyes, acabará de disipar la prevencion con que algunas personas han mirado hasta ahora á esta clase. Pero por lo mismo que la ocasion no puede ser mas favorable, convendrá no perdonar medio alguno para obtener el fin: y aqui es el caso de decir que uno de los mas nobles, al par que *útiles*, atributos de la riqueza es el fomento de las artes.

El gobierno debe protegerlas, es cierto: pero su proteccion, del mismo modo que la que exige el comercio, consiste, mas bien que en otra cosa, en quitar todas las trabas que entorpecen la produccion; si bien es indudable que debe destinar algunas cantidades á la construccion de monumentos en todas las artes, que perpetuen la gloria nacional. Por lo demas, ni les seria ya posible adoptar el sistema de Luis XIV y de otros reyes magníficos en sus gastos, que tanto han encomiado algunos autores y que la sana economia política reprueba altamente; ni mucho menos sustentar al sinnúmero de personas que cifran en las artes su existencia.

Su verdadero fomento depende de la masa de los particulares, como del fondo, del manantial de toda la riqueza pública: y las bellas artes, en particular, se acogen á la sombra de los poderosos, que se hallan en estado de pensar en satisfacer otras necesidades que las materiales del vulgo de los hombres. Y esta proteccion es uno de los mejores títulos á la popularidad.

Pero no parece sino que una fatalidad, que preside ha mucho tiempo á nuestra patria, nos impele

á despreciar cuanto en ella producen el ingenio ó la naturaleza, y dirige nuestro gusto hácia objetos, las mas de las veces triviales, que á grandes costas nos vienen de tierras extranjeras. ¡Y entre tanto nuestras riquezas desaparecen...!!

Nuestro teatro antiguo, objeto de la censura mas amarga de algunos críticos de mal humor, que asi hacen la autopsia de una obra del genio, cuyas bellezas son, por decirlo asi, impalpables, de una naturaleza esencialmente divina, como la harian de un cadáver en un anfiteatro médico; este teatro, decimos, es en el dia el objeto de una admiracion, de un culto particular en algunas capitales de Alemania. ¡Y en su lugar, y en vez de las producciones originales con que algunos ingenios del dia pudieran acaso enriquecer nuestra escena, solo vemos en ella traducciones de piezecillas francesas!...

En Inglaterra dan, tal vez, media talega por un libro de caballerias ó un romancero antiguo español: y nosotros ni siquiera conocemos las joyas, que, entre las telas de araña de nuestras bibliotecas vinculadas, sirven de nutricion á la polilla. ¿Es por ventura cosa que tan poco deba li-songear á un hombre de algun gusto el que se le cite como poseedor de una ó mas obras raras, ó acaso las únicas conocidas en el mundo literario, y á las cuales tengan que referirse todos los escritores nacionales y extranjeros? ¿No añadiria nuevos timbres á su nombre, el que, revolviendo los legajos de su archivo, diese á luz documentos desconocidos de las proezas de sus antepasados, que acaso serian, al mismo tiempo, del mayor interes para la historia? Pues bien; de estos libros rarísimos, de estos interesantes manuscritos están atestados los archivos y bibliotecas de nuestros Grandes y Nobles, que se harian á sí mismos y prestarian al público, al mismo tiempo, un señalado servicio en publicarlos.

Hace tres meses que hubo en esta capital una exposicion de las obras de los pintores modernos, y casi nos atreveriamos á afirmar que no han concurrido á ella ni la décima parte de las personas que debieran interesarse en los progresos de nuestros artistas. Acaso dirán algunos que era por lo general tan pobre la dicha exposicion, que no me-



recia que uno se tomase la molestia de ir á ella. Pero á esto contestaremos, que si bien es cierto que habia cosas detestables, no lo es menos que tambien se hallaban algunas buenas, y muy buenas: y si de estas no se hace caso, lejos de aumentarse, se apagará enteramente su número.—No hay dinero, clamarán otros.—Pues nosotros vemos dar en los tiroleseos muchas onzas por baratijas de china, ó cuadros de reloj con un paisaje, pintado, como dicen los franceses, *de pacotilla*, es decir, superlativamente malo: y á bien que nadie ha pensado siquiera en informarse del precio de unas lindísimas vistas de Córdoba y Sevilla, pintadas por D. G. Villamil, iguales, ciertamente, á lo mejor que en los países extranjeros se pondera tanto en el día, y que, para delicia de los aficionados, estuvieron en la Academia. Lo que nos falta, acaso mas que otra cosa, es *gusto*.

Pretender que en el día nuestros magnates hagan ostentacion de unas riquezas y de un poder que en otros tiempos poseyeron, pero que, con las calamidades generales, han sufrido notable disminucion, seria ridículo en extremo, seria absurdo. Pero llamarles la atencion hácia los tesoros que poseen de hecho; hácia los artistas que pudieran proteger eficazmente, sin hacer ningun sacrificio, y solo con invertir en ramos de notoria utilidad lo que en mil frivolidades se disipa: recordarles que uno de los mayores privilegios de las bellas artes es hacer populares, engrandecer é inmortalizar los nombres de los que las protegen, nos parece que es hacer un servicio á una clase de suyo influyente en la sociedad, y que pudiera grangearse mayor influjo y prestigio todavía, y al mismo tiempo abogar por la noble causa de las artes.

*El C. de C. A.*



## Bellas Artes.

### PARRAFO II.

Procuraremos ahora dar algunas noticias acerca de la escultura, desde la época de la restauracion de la monarquía hasta fines del siglo XII, (periodo que recorrimos en cuanto á la arquitectura en el núm. anterior) si bien es época de una escasez y oscuridad penosísimas para poder seguir y trazar como deseáramos las vicisitudes y progresos de este arte; presentando obstáculos casi insuperables los vacíos tan difíciles de llenar que, durante casi cuatro siglos, se ofrecen á nuestra vista. Algunos monasterios de la Grecia podrian ilustrar hasta cierto punto esta cuestion; pues es indudable que en aquella época todo el arte nos vino de Bizancio: (1) y no parece, como ha dicho un escritor moderno, sino que la misma Grecia infeliz que tanto habia iluminado á la Europa en su nacimiento y juventud, las iluminaba todavía desde su ocaso.

Como quiera que sea, ya fuesen los maestros griegos los que, como en Italia, difundieron el arte y trabajaron en nuestras regiones, y en particular en las que están al oriente; ya que nuestros artistas se formasen con los modelos de aquellos, es innegable que todavía nos han quedado esculturas que escitan un vivísimo deseo de conocer los nombres de sus artistas. Ellas dan una idea del estado del arte en aquellas épocas; y aunque á primera vista aparezcan groseras y despreciables al ojo del vulgo, el filósofo, el investigador y el amante de las artes penetran con singular complacencia, no solo las teorías y prácticas de la obra, sino tambien los indicios que da

(1) En Cataluña, Valencia y Aragon particularmente se encuentran algunos monumentos de pintura, escultura y arquitectura del noveno y undécimo siglo del mismo carácter, aunque menos suntuosos, que las que se conservan en algunas basílicas de Roma y otras ciudades, ejecutados por artistas bizantinos.



de los trages, usos y costumbres de aquellas remotas edades.

La escultura entonces puede decirse que se entrelazaba íntimamente con la arquitectura. Los mismos arquitectos esculpian casi siempre las obras con que decoraban sus edificios y que eran, tal vez, el principal objeto de estos. Esta habrá sido una de las muchas causas generales bien conocidas en la historia de las vicisitudes de las naciones en todas las edades, de que apenas hayan llegado á nosotros, hasta el siglo XV, los nombres de media docena de escultores; siendo, por el contrario, considerable el número de los *maestros de obra, mazoneros y arquitectos* que no son conocidos. Verdad es que en los primeros tiempos del cristianismo las esculturas de aquellos maestros é *imagineros* eran en extremo groseras é informes, al paso que la mole considerable de los templos, aun los menos grandes y perfectos, imponia á todas las clases y requería muy superiores conocimientos.

Pero si la escasez de estos nombres deja un vacío y oscuridad bien sensibles para el amante de las artes, podemos al menos gloriarnos los españoles de que quizá ninguna, entre las modernas naciones civilizadas, podrá citar como nosotros un escultor que haya florecido en el año de 1033: pues los mas celosos y diligentes investigadores de las antigüedades artísticas de la edad media en Italia, donde tanto se anticipó la escultura, no han encontrado en su historia moderna escultor alguno anterior á Benedicto Antelamí, á cuyo cincel son debidas las esculturas y adornos del Bautisterio de Parma, que construyó él mismo en el año de 1196. Quiero hablar de un escultor llamado Aparicio, que vivía en Castilla por los años de 1033, á quien D. Sancho el Mayor, uno de los mas señalados príncipes de España, rey de Navarra, Castilla y Aragon, mandó construir una arca para colocar el cuerpo de S. Millan que antes se custodiaba en otra de piedra en su monasterio de Suso. Esta obra es de madera y está cubierta de chapas de oro y labores de marfil, y tiene muchas imágenes entalladas con piedras preciosas, y otras de cristal. Es de vara y media de largo y de cinco sexmas de alto, y contiene veinte y dos compartimentos que representan pasages de la vida

y milagros del Santo, labrados en marfil. Además de estas historias contiene otras figuras de la misma materia, que son de príncipes y bienhechores que ayudaron á costear el arca.

Entre ellas hay dos pequeñas con sus capas y cabelleras, y la inscripcion APPARITIO SCHOLASTICO, RAMIRUS REX. Fr. Prudencio de Sandoval cree que *Aparitio* es el maestro de esta obra. También afirma que otras dos figuras que hay en el arca, una de un viejo que tiene un escudo en la mano labrando un escudo, y otra de un jóven que le sostiene, con un rótulo del cual no puede leerse mas que esto: TRO, ET RODOLPHO FILIO, representan los oficiales que ayudaron á Aparicio en esta obra, que tiene en todo su conjunto mucha gracia y elegancia. Acaso el buen Aparicio jamás habría oído hablar ni remotamente de la escultura criselefantina; y esta obra donde se encuentra el oro unido al marfil ¿no es una reminiscencia muy singular en este género de escultura, que con tanta excelencia ha descrito Mr. Quatremère de Quincy?

No encontramos despues el nombre de ningun escultor hasta mediados del siglo XII, en que el maestro Mateo, que también fué arquitecto, construyó la catedral de Santiago de Galicia y la decoró con estatuas y otros muchos accesorios. En la fachada principal colocó al santo apóstol, otras estatuas y algunos ángeles, hoy día bastante maltratados todos. En la bóveda principal representó en bajos relieves al Salvador descubriendo sus llagas, acompañado de los cuatro evangelistas, los veinte y cuatro ancianos tañendo instrumentos, los apóstoles, los patriarcas, profetas y otros santos del nuevo testamento. Estas esculturas, de mejor conservación que las de la fachada, permiten juzgar del estado del arte en aquella época. Fue nuestro Mateo muy honrado y favorecido por el rey Don Fernando II, y su nombre se ha conservado en una inscripcion sobre las dos puertas de la fachada principal de la citada catedral.

Algunas otras obras pudieran citarse de esta época, que, si bien de incierto artífice y de tosca ejecución, son sumamente preciosas y de infinita utilidad para nuestra historia del arte. Tales son algunos bajos relieves que aun se conservan en el



cláustro de la iglesia colegial de S. Pedro *el viejo* de Huesca en Aragon, (tal denominacion tenia ya este templo, que aun subsiste, desde el tiempo de D. Ramiro el Monge, cuya sepultura todavia se conserva en su antiguo cláustro). En este venerable recinto en que el tiempo ha estampado profundamente sus huellas se observan algunas esculturas enmedio relieve empotradas en la pared, de muy á principios del siglo XII: siendo muy notable la de la adoracion de los reyes encima de la puerta que conduce á la iglesia, sobre cuyo fondo tambien está esculpido el lábaro de Constantino. El estilo de su composicion recuerda mucho el de la escultura de Roma despues de Alejandro Severo: sus formas son muy cuadradas y robustas; los pliegues de los vestidos apenas siguen la direccion de los miembros que cubren y están tratados tan mecánica y simétricamente, que recuerdan no poco los pequeños ídolos de los etruscos, en el primer periodo de su arte.

No son, pues, de un estilo seco ni es demasiado larga la proporcion de las figuras de esta época, ni se parecen las que el vulgo designa con el nombre de góticas; al contrario, en esta parte de la península son como hemos dicho robustas, cuadradas y muy angulosas, y están en armonía perfecta con las fábricas de su edad, tambien macizas, que se hallan muy distantes de la admirable elevacion y ligereza de nuestros templos llamados góticos y que no se construyeron hasta muy á principios del siglo XIII. Tal es pues el carácter en general de la escultura de todas las épocas mencionadas y que nos presentan el arte todavia en su infancia. El mecanismo de la egecucion no señala mas que las primeras líneas, y no traza sino los mas sencillos movimientos de las figuras, cuando no las presenta en un estado de perfecta inmovilidad, como sucede las mas de las veces, con una espresion muy diferente de la que conviene á su situacion y siempre de un modo tosco y desaliñado. No se encuentra pues en aquellas obras ni un cálculo hecho sobre la esperiencia para el efecto de la composicion, ni un manejo franco y fácil de la materia, ni el brio, ni la eleccion de formas, sino simples indicaciones de la voluntad del artista embarazadas con

todos los obstáculos que presenta el arte y que solo es posible superar á fuerza de tiempo y de constancia. = V. C.

(Se continuará.)



## POESIA.

### El Misántropo.

"La fleur de ma vie est fanée....."

Millevoix.

La luna entre pardas nubes  
Su disco argentado oculta  
Y á los montes y á los valles  
Desciende espesa la lluvia.  
Las aves el blando nido  
De pajas y leves plumas,  
De tímido espanto llenas  
Con mustio silencio ocupan.  
¡Qué horror! en los hondos bosques  
Cercano el trueno retumba  
Y el huracan en los valles  
Troncha la encina robusta.  
El rayo la opaca esfera  
De lívida luz inunda,  
Y con horrísono estruendo  
Los torrentes se derrumhan.  
¿Será que con voz de trueno  
El gran Padre del altura,  
De cielo y tierra en sus iras  
La ruina cercana anuncia?  
Mas no, que ya lentamente  
Calma del viento la furia,  
Y entre las rasgadas nubes  
Se ostenta hermosa la luna:  
Y pronto alegres las aves

\*\*



La nueva aurora saludan,  
 Y apacibles los arroyos  
 Entre espadañas murmuran.  
 Ya Apolo el rosado Oriente  
 Con tímido rayo alumbra,  
 Y del pasado letargo  
 Despierta hermosa natura.  
 Yo solo, infeliz! ludibrio  
 De la enemiga fortuna,  
 Al pesar que me atormenta  
 No encuentro consuelo nunca.  
 ¿Qué importa á mi triste pecho  
 Que horrible tormenta cruja  
 O que la aurora á los campos  
 Sus colores restituya,  
 Si las mudanzas del mundo  
 No mis lágrimas enjugan,  
 Ni con bálsamo apacible  
 Mi amargo pesar endulzan?  
 En vano el brillante día  
 Cuando magnífico luzca  
 Dará á las húmedas plantas  
 Y á los bosques su verdura:  
 En vano, que no en mi alma  
 Hará que calme la angustia,  
 Ni que del pesar el ceño  
 Descoja mi frente adusta.  
 Los que las pintadas aves,  
 Sabrosos cantos modulan;  
 El eco apacible y blando  
 Del arroyo en la espesura;  
 Tus bellos rayos, Lucina,  
 Cuando en las olas fluctúan  
 Y el amante cefirillo  
 Que entre las flores susurra,  
 Iguales son para mí,  
 Y aun menos tal vez me gustan  
 Que el terrífico silencio  
 De las tristes sepulturas.  
 Allí con su aspecto, nadie  
 Mis meditaciones turba  
 Ni de los hombres me aflige  
 La sociedad importuna.  
 Nadie mis pasadas dichas  
 Me acuerda allí con las tuyas,  
 Y solo de horror y muerte

Monumentos me circundan.  
 Si, bella Laura; mi pecho  
 Arido ya, solo busca  
 En vez de agitadas dichas  
 El reposo de la tumba.  
 Tu, hermosa, la suerte mia  
 Tal vez cariñosa endulzas  
 Y de mis ojos el llanto  
 Con cándida mano enjugas.  
 Tu la senda de mi vida  
 Cubrir de flores procuras  
 Y el peso aliviar anhelas  
 De la afliccion que me abruma....  
 En vano, que cuando el hado  
 Allá en sus leyes ocultas  
 A ser infeliz, á un hombre  
 Condenó desde la cuna,  
 No sufre, no, que ninguno  
 Lo que él decretó destruya,  
 Que es poderoso el destino  
 Y el orbe entero subyuga.  
 Si desde que nací las iras  
 Probé de la suerte injusta  
 Y hasta las heces el caliz  
 Apuré de la amargura,  
 Deja, oh Laura, que la saña  
 De mi aciaga suerte sufra  
 Y que el abril de mi vida  
 Solitario se consuma.  
 Solo te ruego que un día,  
 (Pronto será) ; cuando en muda  
 Soledad, mi cuerpo helado  
 La tierra por siempre cubra,  
 De mi te acuerdes, oh Laura!  
 Y ramas y flores mustias,  
 Y una lagrima derrames  
 En la losa de mi tumba.

E. O.





## JUAN DE HERRERA.

Nació este grande hombre en el año de 1530 en Mobellan, valle de Valdaliga, en las montañas de Santander, y fue discípulo y sucesor de Juan Bautista de Toledo en el empleo de arquitecto mayor del rey Felipe II. Poco ó nada se sabe acerca de los primeros años de su vida; pues todo lo que sobre esta época dice en sus comentarios á la obra de Llaguno el diligente y erudito D. Juan Cean Bermudez no es mas sino conjeturas, que no repetiremos aquí por parecernos dudosas é insignificantes. Solo resultan de las numerosas investigaciones hechas por nuestros mas sagaces antiquarios, dos verdades interesantes bajo el aspecto del arte, que son: primera; que hasta los 33 años de edad no se dió á conocer Herrera por ninguna obra notable, cosa singular en hombre de tan aventajado ingenio: y segunda, que en el año de 1548, á los 18 de su edad, pasó con la comitiva del príncipe D. Felipe, cuando fue á visitar á su padre el Emperador Carlos V á Bruselas, donde residió tres años dedicado al estudio de la arquitectura y de otras ciencias exactas. Opina además el citado Cean Bermudez que en el año de 1553, "movido de su vehemente inclinacion á la milicia, sentó plaza de soldado y partió para Italia con el capitán Medinilla, bajo cuyas órdenes dió pruebas de valiente español en la guerra del Senés y del Piamonte." Da alguna probabilidad á esta conjetura lo que dice Zurita en sus anales, hablando de la casa de la Contratacion ó Lonja de Sevilla que construyó Herrera, "trazándola á imitacion de las obras romanas" de cuyo carácter y grandiosidad solo pudo formarse idea estudiando por sí mismo los grandes monumentos de Italia.

Pero si todo es tinieblas en la historia de los primeros años de la vida de Herrera, queda harto recompensada esta oscuridad con el esplendor que, desde 1563 en que fue nombrado ayudante de Juan Bautista de Toledo por cédula de 18 de febrero, empezó á derramar la fama sobre el nombre y vida de este eminente arquitecto.

Aun cuando no tuviese Herrera otros títulos á

la inmortalidad que el de haber construido el Escorial, seria eterno su nombre en la memoria de los hombres. Pocas obras hay en efecto que revelen un genio mas audaz y sublime que este templo magnífico que tanto lisongea nuestro orgullo nacional, y que con tanta razon titulamos *la octava maravilla del mundo*: en esta obra, mas que en otra alguna, se encuentra aquel carácter austero y grandioso que distingue el terrible siglo en que fue edificada.

Son tambien obra de este arquitecto la Lonja de Sevilla, el puente de Segovia y el arco de la Armeria, en Madrid: una parte de la casa de oficios en el Pardo: las obras añadidas al archivo de Simancas: la iglesia de Valdemorillo, cerca del Escorial: la de Colmenar de Oreja y el átrio del castillo de Villaviciosa, que diseñó por encargo del conde de Chinchon, mayordomo y valido de Felipe II: el coro de las monjas de Sto. Domingo el Real de Madrid: el puente que hay entre Galapagar y Torreldones sobre el rio Guadarrama: el retablo de la capilla mayor del convento de Santa Cruz de Segovia, y el de la capilla mayor del monasterio de Yuste, que concluyó en el año de 1583 el arquitecto Juan de Segura. Puede decirse en fin, que apenas se hizo en su tiempo obra alguna de consideracion en que no tuviese parte.

Fue su estilo en arquitectura severo al par que elegante; y decimos en arquitectura porque no se crea que hablamos de su estilo como escritor, pues que lo fue, y no nada malo, segun asegura un ingenio contemporáneo, que dice haber tenido en sus manos y leído una descripcion del Escorial, compuesta y sacada á luz por Juan de Herrera. (Véase Cartas Españolas, cuaderno 60, 12 de julio de 1832). Nada diremos de este libro que no conocemos; pero estamos muy persuadidos de que serán justísimos los elogios que le tributa el susodicho ingenio.

Muchos escritores (1) han ponderado sobre manera la gran sabiduría de Herrera en las matemáticas; pero aun cuando no lo probaran sus obras

(1) Cristóbal de Rojas, el P. Sigüenza, D. Juan de Quiñones, el licenciado Porreño y otros.



mejor que todos los encomios posibles, bastaría saber que mandó el consejo de Indias que se llevasen en las flotas y armadas que iban y venían de América « los nuevos instrumentos que he dado (como dice el mismo Herrera) para la navegación, en especial el de las longitudes. » Y lo que prueba más que todo los conocimientos de este célebre arquitecto en las matemáticas es un *discurso del Sr. Joan de Herrera, aposentador mayor de S. M. sobre la figura cúbica*, inedito, pero de que se conservan algunas copias.

Casó de primeras nupcias con María de Alvaro, de quien tuvo un hijo, que luego, por una aventura muy singular, pasó á Manila, donde construyó el convento de los Agustinos y tomó el hábito de religioso; como refiere el P. Fr. Gaspar de S. Agustín, en su libro titulado *Conquistas de Filipinas*, impreso en Madrid, año de 1699. A fines de 1581, casó de segundas nupcias con Doña Inés de Herrera; y el día 15 de enero de 1597 falleció en la parroquia de Santiago, en Madrid, á los 67 años de edad.

No trataremos ahora de hacer el panegírico de este grande hombre, pues serían breve espacio para ello muchos números de este periódico. El mayor elogio que puede hacerse de Juan de Herrera, es decir que construyó el mas grandioso monumento de nuestra patria.

E. O.



## Recuerdos

DEL SITIO

*de la ciudadela de Amberes por los franceses en 1832.*

### FRAGMENTO III.

## Noche de Asalto.

Deseoso una vez de gozar del imponente espectáculo de una noche en la trinchera, espectáculo de que, ni aproximadamente, puede formar idea el que no lo haya presenciado, no regresé á mi alojamiento.... Era, sino me engaña la memoria, el 13 de diciembre. La noche era sumamente oscura: la atmósfera bochornosa, el fuego redoblado. Nada faltaba, en fin, al horror de este espectáculo.

Después de haber pasado por el camino cubierto del fuerte de Montebelo y dejado á mi derecha la batería núm. 2, entro en los ramales que conducen á la tercera paralela en que se trabaja con ardor. El cielo se ve iluminado á cada paso por continuos relámpagos: un vivo reflejo precede siempre algunos minutos á cada explosión. Las bombas surcan en todos sentidos la oscura bóveda del firmamento con un silvido infernal, como estrellas de fuego, dejando en pos de ellas un largo rastro luminoso: y si revienta alguna en el aire, se ven brotar de repente brillantes ráfagas de luz como en un fuego de artificio. En medio del silencio de la noche retumbaban las explosiones de un modo espantoso; frecuentemente las repite el eco diferentes veces, sobre todo cuando algun proyectil repleto de materias volcánicas cae y revienta en medio de los edificios.

¡O vosotros, cuya sensibilidad está ya completamente embotada, como la de un paladar abrasado por manjares ardientes y licores de fuego; vosotros



que buskais en vano emociones de que no es susceptible vuestra estéril alma...! Aquí las hallaríais no lo dudeis, y harto violentas en verdad; porque, como ha dicho muy bien un hombre de talento, en este drama no se ve lo que en los del teatro, aquí no vuelven á hacer papel mañana los muertos de hoy.

Y vosotros, autores, cuya imaginación cadavérica no sueña sino en puñales y sepulcros, ¡qué lástima que no os halleis aquí! No os habrían faltado inspiraciones, tintas para los cuadros mas sombríos: habríais bebido en un manantial inagotable de horrores...

Llegado á las brigadas de trabajadores los veo cubiertos de lodo, con agua hasta la pantorrilla y sudando á mares, cavando con tesón la parte de trinchera que les ha sido señalada: es preciso que antes de amanecer esté en estado de cubrir las tropas á quienes se confie su custodia. Un oficial de ingenieros, con unas enormes botas de cuero, embozado en un capote de hule y con la pipa en la boca dirige estos trabajos.

Un poco mas lejos, en la *cabeza de la zapa*, donde es el riesgo mas inminente, cruzándose sobre este punto el fuego vivísimo de la ciudadela, los zapadores armados de coraza y casco, cubriéndose lo mejor que pueden con sus colosales gabiones, bosquejan, por decirlo así, la trinchera. Las balas llueven como granizo en derredor de ellos y se aplastan á veces en sus espesas corazas: las de cañon arrebatán los gabiones, la metralla los hace trizas, la sangre se mezcla con el fango de las trincheras.... todos callan y no se interrumpe el trabajo ni un instante.

En este parage que á cada momento es el teatro de alguna catástrofe se ve sentada en un haz de ramas secas una muger con sombrero de hule, vestido de paño azul y pantalon colorado como los de la tropa. Sobre las rodillas tiene un gran canasto, y no cesa ni un instante de animar á los soldados con sus palabras y aun mas eficazmente con algunos tragos de aguardiente, apresurándose á dar los primeros socorros á los heridos. Es para estos un ángel tutelar.

Al acercarme á la luneta de S. Lorenzo veo en las trincheras una cantidad prodigiosa de faginas y

gabiones. Algunas compañías de preferencia esperan silenciosas la órden de ponerse en movimiento, y los oficiales de estado mayor se cruzan en todos sentidos con una frecuencia que presagia alguna cosa extraordinaria. Por lo demas, nadie ignora que ya hace dos dias que los zapadores enterrados en el ángulo saliente de la luneta la están minando, y se sospecha que la obra debe estar ya concluida ó próxima á su fin. Todo anuncia que no tardará en darse un asalto.

A eso de las tres y media de la mañana se siente en toda la trinchera un movimiento retrógrado, y tengo que retirarme muy adentro de la segunda paralela. No permanece nadie en las cercanías de la luneta: acaba de encenderse la mecha de la mina.

Se cuentan con ansia los instantes. Pasa un cuarto de hora; veinte minutos; media hora.... ya se acerca el momento crítico.... algunos segundos mas, y es cosa hecha.--Dan las cuatro y resuena una explosion. No parece violenta, pero sin embargo ha producido su efecto.—Algunos oficiales de estado mayor se precipitan hácia el fuerte, y la infantería se pone en movimiento detras de ellos con un sordo rumor.—En esto suena otra explosion parecida á los cohetes de un fuego de artificio: acaba de volarse un depósito de granadas.

El camino cubierto de la luneta y parte de las trincheras se hallan anegados: la conmoción ha sido tan violenta y tan profundo el estremecimiento, que el agua del foso ha rebosado, extendiéndose á bastante distancia. Se han desgajado algunos trozos enormes de la muralla, y el lienzo, ántes tan terso y formidable, aparece quebrado como si dos montañas se hubiesen desplomado sobre él.

Inmediatamente se emprende con ardor la recomposición del puente de faginas que se habia echado sobre el foso y que se ha hundido en partes con los escombros de la brecha.

Sin embargo, parece que los holandeses no sospechan nada: no han notado aun el efecto de la mina, que para ellos se ha confundido con el sin número de explosiones que en derredor de su fuerte y dentro de él se suceden sin interrupción. ¡Desgraciados! ignoran que bajo sus pies se halla



el infierno; que la tierra que pisan acaba de ser desgarrada por un volcan cuyo cráter abre el paso á sus enemigos.

Ya se acabó el puente: ya crujen las faginas al peso de los granaderos: ya asoman estos en el alto de la brecha..... Suenan de repente algunos tiros: los sitiados conocen, aunque tarde, el riesgo que los amenaza, y entónces se presenta desnudo á sus ojos todo el horror de su situacion. La retirada no es posible, porque los sitiadores ocupan la gola de la luneta: sus bayonetas han derribado cuanto ha querido oponerse á su paso.

¡Perdon! franceses ¡perdon! claman algunas voces, y todos los holandeses lo imploran de rodillas. El combate cesa y la humanidad triunfa.

La nueva de este suceso se esparce por el campamento francés con la rapidez del relámpago. La vanguardia holandesa sucumbió ya: el único obstáculo que impedía á los franceses que se acercasen á las murallas de la plaza ha desaparecido. Pronto sufrirá igual suerte la ciudadela.

#### TALÍA ESPAÑOLA,

*ó coleccion de dramas del antiguo teatro español, ordenada y recopilada por Don Agustin Duran, en 8.º en casa de D. Eusebio Aguado.*

Con este título se ha dado principio á la reimpression de las obras de nuestros mejores dramáticos, segun parece. El nombre del que las publica, por ser el de uno de los mas apasionados de nuestra literatura, y de los mas entendidos en ella, asegura en cierto modo, yendo al frente de esta coleccion, de que será continuada, y de que desde Lope de Vega, al menos, hasta Cañizares, con quien puede decirse concluye el original y verdadero teatro español, se incluirán en ella todos ó los mas dramas españoles de algun mérito, que bajo diversos títulos conocemos, prefiriéndose los mas raros á los mas conocidos.

Principia esta coleccion, con el teatro del M. Tirso de Molina, del que han salido á luz ya tres comedias. Al frente de la primera (La prudencia en la muger), van unos apuntes biográficos relativos al M. Tirso, que si no nos

instruyen todo lo posible acerca de su vida, des-envuelven á lo menos bastantemente su mérito, sus defectos, su carácter como autor cómico. Cada una de sus comedias y las mas de nuestros autores cómicos, son acertadamente consideradas por el Sr. Duran, como una novela de costumbres de donde pueden deducirse una ó mas máximas morales, al modo que de cualquiera poema puede formarse una alegoría. Y pretender juzgar del mérito de nuestras comedias no segun nuestro corazon y gustos, y aun carácter é ideas nacionales, sino segun Aristóteles ó Horacio, es querer juzgar de las bellezas de la Iliada, leyendo este libro incomparable en la nefanda traduccion española publicada en nuestros dias. Muy fuera de propósito seria hablar aqui detenidamente de los principios en que está fundado nuestro teatro nacional. Si este periódico encuentra favorable acogida, el público sabrá lo que sobre esto pensamos, y sentenciará si pensamos bien y lógicamente. Bástanos por ahora oponernos en este artículo en que anunciamos la coleccion que va á dar á conocer mas y mas las bellas producciones de nuestro teatro, al principal defecto que se le echa en cara: á la violacion de las famosas unidades.

La *unidad de lugar*, y la, asi llamada, *unidad de tiempo*, no son reglas fundadas en la razon del arte, ni emanadas de la índole del poema dramático, sino que se originan de una autoridad no bien entendida y de arbitrarios principios, lo que aparece claro á quien observe el origen de dichas unidades. La unidad de lugar ha nacido del hecho que la mayor parte de las tragedias griegas imitan una accion que se ejecuta en un solo lugar, y de la idea que se tiene de que el teatro griego ha de ser el perpétuo y esclusivo modelo de la perfeccion dramática. La unidad de tiempo tuvo origen en un paso de Aristóteles, que, como observa Schlegel, no contiene un precepto, sino la simple relacion de un hecho: esto es, de la práctica mas general del teatro griego. Que si Aristóteles hubiese realmente querido establecer un canon del arte, tendria su frase el doble defecto de no espresar una idea precisa y de no ir esta acompañada de un razonamiento. Véase Aristót., poet., cap. 5, par. 3.º τῷ δὲ τὸ μέτρον ἀπλοῦν ἔχει, γδ.



Cuando despues vinieron los que no curándose de autoridades preguntaron la razon de estas reglas, los fautores de ellas no encontraron mas que una, y esta fue, que asistiendo realmente el espectador á la representacion de una accion, viene á ser para él inverosimil que las diversas partes de esta accion sucedan en diversos lugares, y que la tal accion dure largo tiempo, puesto que él sabe que no se ha movido de su puesto y que en la representacion no se han empleado mas que pocas horas. Esta razon está fundada evidentemente en un supuesto falso, á saber: que el espectador está allí como parte de la accion, cuando, por decirlo así, no es mas que una mente estrinseca que la contempla. La verosimilitud no debe nacer en él de las relaciones de la accion con su modo actual de estar, sino de las relaciones que las varias partes de la accion tienen entre sí. Cuando se considera que el espectador está fuera de la accion el argumento en favor de las unidades desaparece.

Estas reglas no están en analogía con los demas principios del arte admitidos por los mismos que las creen necesarias. Y á la verdad, se admiten en los dramas, como verosímiles, muchas cosas que no lo serían, aplicado á ellas el principio sobre el cual se establece la necesidad de las dos unidades: es decir, aquel principio de que en el drama representado son verosímiles solamente aquellos hechos que están de acuerdo con la presencia del espectador, de manera que á este le puedan parecer hechos reales. Si uno dijese, por ejemplo: «aquellos dos personajes que hablan entre sí de cosas secretísimas, creyéndose solos, me quitan la ilusion, puesto que veo claro que ellos conocen que visiblemente estoy presente, y los miro á vista de una multitud.» El tal haria precisamente la misma objecion que hacen los críticos á los dramas en que no se observan las dos unidades. Al cual no podria dársele mas que una respuesta: *los espectadores no entran en el drama*; y esta respuesta vale tambien contra las dos unidades. Quien buscase el motivo porque no se haya estendido tambien á estos casos el falso principio, y no se haya echado tambien este yugo al arte, creo que no hallaria otro mas de que no habia para estos casos un periodo de Aristóteles que aplicar.

Pero el seguir estendiendo estas razones y otras muchas que pudieran añadirse, seria ridículo y fastidioso. Mas no lo será, el que congratulándonos con nuestros paisanos por la publicacion de esta coleccion de comedias, nos apresuremos á dar las gracias al que ha emprendido una tarea en que tanto se interesa nuestra gloria literaria. La impresion es nítida y elegante, bien imaginada la caja, bastante exacto el registro, aunque no en todas las páginas; y hecha con esmero y correccion. Es de esperar, pues, que esta obra, ya por su contenido, ya por lo bien ejecutada, encuentre acogida y favor en España y en las naciones cultas de Europa, la Inglaterra y la Alemania, en donde con tanto empeño se cultiva ahora la literatura española. Si el Sr. Duran ya que no publica el *Indice Razonado* de nuestras comedias, que creemos tiene trabajado, pusiese al principio de las de cada autor la lista de todos los títulos de las que compuso, haria una cosa tan grata y acertada, como necesaria á la bibliografía de nuestra patria.

De todos modos, repetimos, que esta preciosa coleccion nos parece digna de elogio y acogida, y que se presenta al público, por decirlo así, con mejores garantías, que la titulada y mutilada *Coleccion de comedias escogidas* tan fea y puercamente impresa, y que á Dios gracias, ha dejado de salir, habiendo perdido los suscriptores, segun parece, lo que desembolsaron por el cuaderno adelantado. Se nos ha asegurado tambien que la coleccion del Sr. Duran reunirá á las ventajas ya dichas, la baratura de su coste, circunstancia tan necesaria en estos tiempos de economía. Saldrán por fin, íntegras, correctas y legibles todas las comedias de Lope, Calderon, Moreto, Rojas, Tirso y las mejores de nuestros demas autores cómicos; y esta coleccion sacará á plaza los vergonzosos plagios de tantos miserables charlatanes y escritores traficantes de una nacion vecina, origen de nuestros males en política, en literatura y en costumbres. La juventud española de ambos sexos, enemiga declarada de todo libro de mala figura y mal impreso, aprenderá á conocer y apreciar mejor nuestros autores cómicos viéndolos vestidos decentemente: y la musa dramática española tendrá un digno á la par que duradero monumento. = *L. de U. y R.*



## Un Romántico.

El Romanticismo! Cuántas ideas contrarias despierta esta palabra en la imaginación de los que la escuchan! Semejante á un mágico talisman, á unos halaga dulcemente como los acentos de una voz amada, como una celeste armonía! Otros hay para quienes la palabra *romántico* equivale á hereje, á peor que hereje, á hombre capaz de cometer cualquier crimen: romántico para ellos es lo mismo que Ante-cristo, es sinónimo de Belcebuth; en los oídos de los que no la comprenden, la palabra *romanticismo* resuena como un eco de disolución y de muerte, como una campana sepulcral, como el sonido de una trompeta que toca á degüello. Y por qué? En qué se funda esta mortal antipatía? Qué daños ha acarreado al mundo la escuela romántica? Escuela á que van enlazados los nombres de Homero, Dante, Calderon!!....

Porque estos son en efecto los verdaderos apóstoles del romanticismo. Si la ignorancia ó el espíritu de partido han intentado desfigurar maliciosamente los sencillos dogmas de esta escuela, con el objeto de hacerla odiosa; si lo han logrado tal vez en algunas épocas: si se ha visto calumniada, proscrita, tratada de anti-social.... ¿qué importa? Sus largos é injustos infortunios han derramado sobre ella un carácter de santidad; ninguno de sus discípulos la ha abandonado en los tiempos de tribulación; y en medio de los discordes graznidos del campamento contrario, ellos han levantado su frente embellecida con la palma del martirio, anunciando al mundo la emancipación de la inteligencia humana.

Un hombre puede ser *clasiquista* sin dejar por eso de ser hombre de bien, amante de su familia, buen padre, y buen hijo, buen esposo: puede saber latin y aun tener algunas nociones de griego; nadie se lo disputa; pero lo que es imposible de veras, es pertenecer al susodicho partido y no ser intolerante, testarudo y atrabiliario. La razón es muy sencilla. ¿Qué quiere decir *clasiquista*? ¿Admirador de los autores *clásicos*? No; porque esta definición convendría igualmente á los llamados *románticos*. ¿Quiere decir persona que ha estudiado y seguido las que en lenguaje escolástico se llaman *clases*? No, por la misma razón que antes dimos. Lo que quiere decir *clasiquista*, es, traducido al lenguaje vulgar, rutinero, hombre para quien ya todo está dicho y hecho, ó por mejor decir, lo estaba ya en tiempo de Aristóteles; hombre para quien toda idea nueva es un sacrilegio; que no cree en los adelantos de las artes ni en los progresos de la inteligencia, porque es incapaz de con-

cebirlos; hombre, en fin, tan desgraciado que se considera á sí mismo y á la generación presente y á las pasadas, desde el día de la fecha hasta el reinado de Augusto, como una superfetación inútil sobre la faz de la tierra, incapaz de dar por sí fruto alguno, y digna solamente de repetir sin discrepar en un ápice cuanto bueno y malo dijeron los autores de aquel tiempo sublime en que se arrastraba toga viril y se andaba sin botas y sin pantalones.

Ahora bien: un hombre que profesa estas ideas tan ruines ¿cómo ha de sufrir que haya personas sensatas en el mundo? ¿Cómo ha de abrir sus ojos á la luz el que nació sin ellos? ¿Cómo no ha de aborrecer y despreciar al linaje humano quien tan inepto se le imagina? Por eso hicimos bien en decir que el *clasiquista* es esencialmente intolerante, testarudo y atrabiliario.

Inútil sería buscar entre gente no joven partidarios del romanticismo; entre la juventud estudiosa y despreocupada es donde se hallarán á millares. Por el pronto, en este número de nuestro *Artista*, hallará uno el curioso lector, que presentamos como tipo en su género: y porque no se nos acuse de predilección é injusticia, pronto espondremos también á los ojos del público en una de nuestras láminas, el bello ideal de la especie *clasiquista*. Tenga, pues, un poco de paciencia esta noble sección de la especie humana; y mientras llega el día en que la presentemos litografiada á la rechifla universal, comtemple sin ceño nuestro Romántico; mire en su frente arada por el estudio y la meditación; en su grave y melancólica fisonomía, donde brilla la llama del genio.... contemple, decimos, no un hereje ni un Ante-cristo, sino un joven cuya alma llena de brillantes ilusiones quisiera ver reproducidas en nuestro siglo las santas creencias, las virtudes, la poesía de los tiempos caballerescos; cuya imaginación se entusiasma, mas que con las hazañas de los griegos, con las proezas de los antiguos españoles; que prefiere Jimena á Dido, el Cid á Eneas, Calderon á Voltaire y Cervantes á Boileau; para quien las cristianas catedrales encierran mas poesía que los templos del paganismo; para quien los hombres del siglo XIX no son menos capaces de sentir pasiones que los del tiempo de Aristóteles....

El Romanticismo!.... Mucho esplendor han derramado sobre esta escuela las sublimes creaciones de sus discípulos; pero todavía la ennoblece mas la inapreciable dicha de tener por mortales enemigos á los partidarios de la rutina. = E. O.

Aristocracia Española. Bellas Artes. Poesía, el Misántropo. Juan de Herrera. Recuerdos del sitio de la Ciudadela de Amberes. Fragmento tercero. Noche de Asalto. Talía Española. Un Romántico.

LOS EDITORES: EUGENIO OCHOA. -- FEDERICO MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.





*Y ve el Capitan Pirata  
Cantando alegre en la popa*

*Asia á un lado, al otro Europa  
Allá á su frente Stambul.*

Ayuntamiento de Madrid



